

n'existait pas un Camus-écrivain. Un certain monsieur Bernard a été instituteur de Jacques Cormery²⁷ de l'école maternelle et c'est lui qui pour la première fois a apprécié des talents extraordinaires de son élève et qui l'a préparé à continuer son éducation. Les erreurs de Camus sont une référence claire à la vie de l'écrivain. Parfois, dans sa hâte de créer, au lieu de : « monsieur Bernard », Camus écrit « monsieur Germain » (l'instituteur de l'écrivain s'appelait Louis Germain).

L'œuvre d'Albert Camus s'ouvre ainsi devant les lecteurs de différentes manières. Selon le choix, la clé qu'ils désirent utiliser, l'œuvre camusienne leur donne la possibilité d'accéder à des espaces vraiment diversifiés.

Iwona Piechnik

Universidad Jaguelónica
de Cracovia

PARA ESPAÑA DESDE
FINLANDIA. VALORES
REGENERACIONISTAS POR
LA APERTURA A OTROS
MODELOS SOCIOCULTU-
RALES EN *CARTAS FINLAN-
DESAS DE ÁNGEL GANIVET*

A la Señora Profesora Teresa Eminowicz-Jaśkowska

„Dwie Hiszpanie” zatem to: model otwarty, prekursorski wobec Europy,
oraz model zamknięty, od Europy się odwracający (J. Kieniewicz 2001: 31)

España en su historia literaria fue muy a menudo el objeto de preocupación de sus escritores inquietos por su realidad conflictiva y porvenir desconocido. Entre ellos se puede enumerar a tales eminentes autores como: Cervantes, Quevedo, Baltasar Gracián, Feijóo, Cadalso, Larra, Menéndez Pelayo, Galdós, Ganivet, Unamuno y otros numerosos hasta hoy. Algunos hablaron de la situación con desengaño y pesimismo, otros con esperanza y voluntad de ayudar a su nación a vencer este específico mal. Entre esos últimos se encuentra el granadino Ángel Ganivet (1865–1898), escritor y diplomático, uno de los miembros de la generación del 98, hombre que vivía en una época muy difícil para su país, hasta el “Desastre del 98”.

Podemos decir que este escritor dedicó toda su vida a España, lo que es muy visible en sus escritos. Hay que subrayar también que su obra maestra es la colección de ensayos *Idearium español*, donde examina con perspicacia el españolismo y, al mismo tiempo, analiza las causas de la decadencia de España que observaba en aquella época. Todas las obras de Ganivet se caracterizan por la preocupación por su país. Con España en el corazón él trataba de despertar el espíritu nacional de los españoles, o de regenerarlo.

En su vida, durante su carrera diplomática, son particularmente importantes dos años (1896–1898) que Ganivet pasó como cónsul en Helsinki (nombre sueco: Helsingfors), en aquella época capital del Gran Ducado finlandés dependiente del zar ruso. Esta estancia, aunque difícil para él desde de punto de vista psicológico (nostalgia

²⁷ Le protagoniste du *Premier homme*.

¹ Así pues “dos Españas” son: el modelo abierto, precursor frente a Europa, y el modelo cerrado que a Europa le da la espalda’ (trad. I.P.).

del sol andaluz, depresión, alienación) y también físico (frío, desmayo del cuerpo, dolores de cabeza, etc. de los que se queja en las cartas a sus amigos), fue muy fructuosa intelectualmente, quizás la más fructuosa, para la creación artística de Ganivet. En aquella etapa escribió o empezó a escribir muy intensivamente sus obras capitales: *Granada la Bella* (1896), *Idearium español* (1897), *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid* (1898), ensayos *Hombres del Norte* (1898). También de este periodo provienen las huellas de su visión específica de este país nórdico y de la sociedad finlandesa, tan diferentes a los ojos de un representante de la cultura meridional, curioso de descubrir esa tierra que le era todavía tan poco conocida. Sus relatos e impresiones se encuentran en la obra *Cartas finlandesas* (1898) donde Ganivet quería también presentar algunos modelos tratando de proponer nuevas ideas a sus compatriotas.

Las *Cartas finlandesas* nacieron en circunstancias bastante simples. Ganivet explica la idea y los orígenes de esta obra por la curiosidad de sus amigos que le pidieron

noticias de estos apartados países, en la creencia de que las tales noticias, aparte de los atractivos con que yo pudiera engalanarlas, tendrían de fijo uno muy esencial, el de ser *frescas*; porque la imaginación meridional, reforzada por el desconocimiento, no ya meridional, sino universal, que de este rincón del mundo se tiene, concibe a su antojo cuadros boreales, en que figuran los hombres enterrados debajo de la nieve y saliendo de vez en cuando para respirar al aire libre y fumar un cigarro en agradable conversación con los renos, los osos y las focas (I)².

Pero el cónsul se dijo que “no era justo reservar en beneficio de unos pocos un trabajo que, malo o bueno, había de contener tantas noticias nuevas y curiosas” (I) — así redige una serie de artículos periodísticos como corresponsal del periódico *El Defensor de Granada*, que después se transformaron en las *Cartas finlandesas*, libro de 22 cartas-ensayos. Ganivet explica también que no trata de hacer un estudio científico sino que va sencillamente a exponer las “ideas que se le ocurren a un español que por casualidad habita en Finlandia” (I). Además, quizás parcialmente esta obra nació para atenuar su soledad y nostalgia, ya que como dice un conocedor de la vida y obra de este escritor, A. Gallego Morell: “Sin nostalgia no hay escritor. En Helsingfors, Ganivet escribe pensando en su Granada natal” (1974: 130).

Por supuesto, Ganivet como viajero curioso y encantado por Finlandia describe este país lejano y extraño con su belleza y rigurosidad, y con gran espontaneidad presenta la gente autóctona con su carácter y costumbres, etc. Pero hay que notar que este granadino no sólo anotaba sus impresiones, sino que también sentía una misión. Asimismo, la idea de escribir estas cartas provenía del deseo, como lo observa Fernández Almagro, de “exponer y criticar hechos e ideas nacionales” (1952: 168) porque a Ganivet “le interesa mucho Finlandia. Pero, español de casta, continuamente afirmada por su espíritu, le interesa sobre todo en sus relaciones con España” (1952: 169). Aun más sobre los objetivos de *Cartas finlandesas* dice A. Caro González (1999: 62) que afirma que Ganivet “quería sacar a su país del atraso intelectual, político y económico en el que se encontraba. Quería transmitir un modelo progresista y válido

² Todas las citas de *Cartas finlandesas* (entre paréntesis hay sus números en itálica) provienen de la edición digital a partir de la de Granada, Tip. Vda e Hijos de Sabatel, 1898, cotejada con la edición de Antonio Gallego Morell (Espasa Calpe, Madrid 1998), disponible en el sitio de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes 1999: <http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=6>.

para regenerar lo que él, como muchos otros intelectuales del momento, creía una situación caótica de España. De ahí se explica que critique aspectos de una u otra sociedad de acuerdo con sus intenciones regeneracionistas.” Es decir, podemos admitir que la finalidad de esta obra es terapéutica, lo que vamos a analizar a continuación.

A finales del siglo XIX, España se hallaba en una situación difícil: exteriormente con la guerra y la pérdida de Cuba, Filipinas y Puerto Rico, e interiormente con el desarrollo del anarquismo, los extremismos y los movimientos nacionalistas de diferentes grupos étnicos. Esos disturbios seguramente los sentía con mucha intensidad la gente más sensible y más preocupada por la situación, que sufría viendo su patria tan afligida — pensadores y escritores, como p.ej. Unamuno, Baroja, Machado, Mallada, Maeztu, y precisamente Ángel Ganivet, su coetáneo. Todos criticaban el presente y tenían un ansia viva de preparar un mejor porvenir para su país — y parece que este concepto del porvenir o del futuro era la noción-clave en el pensamiento y el discurso españoles no sólo literarios, sino también socio-políticos, por lo menos a partir del siglo XIX, y especialmente de esta generación; aun J. Fernández Sebastián en su ensayo (2007: 44) nota “su importancia creciente a lo largo de los dos últimos siglos”. El autor relata también exactamente el clima y el trabajo de este grupo de escritores: “A finales de la centuria, incluso antes del *Desastre*, un puñado de escritores regeneracionistas, fuertemente críticos con la marcha de los asuntos públicos, miraban el futuro con una mezcla de aprensión y de esperanza, vaticinando toda clase de calamidades si no se producía un radical cambio de rumbo. Lucas Mallada anunciaba en tono apocalíptico que “los males de la patria” conducían inevitablemente a una “futura revolución española” instigada por republicanos y carlistas [...]. Mientras Ramiro de Maeztu volvía su mirada esperanzada *Hacia otra España*, una España que, según su parecer, debiera industrializarse gracias a la iniciativa empresarial, más bien que por la acción de los gobiernos [...], Ganivet y Unamuno intercambiaban en una serie de cartas publicadas en *El Defensor de Granada* (1898) sus opiniones acerca de *El porvenir de España*, objeto primordial de la preocupación de ambos” (Fernández Sebastián 2007: 46).³

³ J. Kieniewicz observa aun que la actividad de esta generación de escritores tuvo consecuencias no sólo regeneracionistas, sino también creadoras de un mito de una España dividida por la mitad. Pero la sensación de la división del país en “dos Españas” y el ambiente del desgarramiento interior y del desastre se acumulaban ya antes, así que a partir del comienzo del siglo XIX (a causa de las guerras civiles de 1808–1814 y de 1834–1839) era ya particularmente fuerte. Kieniewicz dice que los conflictos interiores, las tensiones y muy severos juicios sobre la situación y las visiones de España regresaban con una fuerza especial cuando una “amarga sensación de imposibilidad” se extendía por toda España: “Mit rodził się z realnych problemów, z poczucia niemocy i gorczy porażki w wojnie ze Stanami Zjednoczonymi w 1898 roku, z wyzwolonej tą sytuacją wielkiej literatury. Costa, Ganivet, Unamuno, Ortega, Maeztu i dziesiątki innych zawładnęły wyobraźnią Hiszpanów, przedstawiając im próby uporania się z problemami Hiszpanii. Miało to skutki mitotwórcze.” [“El mito estaba naciendo de problemas reales, de la sensación de inercia y de la amargura de la derrota en la guerra con los Estados Unidos en 1898, de una gran literatura liberada por esta situación. Costa, Ganivet, Unamuno, Ortega, Maeztu y decenas de otros se apoderaron de la imaginación de los españoles, presentándoles sus tentativas de vencer los problemas de España. Esto tuvo como las consecuencias la creación de un mito”; trad. I.P.] (Kieniewicz 2001: 28).

En las *Cartas finlandesas* vamos a intentar observar fenómenos cruciales de la vida del país y pueblo finlandeses, y que a la vez podían servir de un ejemplo edificante para la patria de Ángel Ganivet (por supuesto aquí no se puede hablar de todos los problemas que trata el autor). Entonces vamos a analizar algunos aspectos claves de su visión de la Finlandia del fin de siglo XIX: la organización de la sociedad, el amor al progreso y a la educación con movimientos literarios y artísticos, la situación y el papel específico de la mujer, pero también la imagen de España a los ojos de los finlandeses. Así vamos a ver cómo esta estancia en el Gran Ducado finlandés contribuyó al afán regeneracionista de Ganivet y le dio buenas ideas para proponerlas a sus compatriotas, teniendo en cuenta que en una de sus *Cartas* el escritor afirma lo siguiente sobre la "españolización" de los modelos finlandeses:

No me gustan las imitaciones; aunque aquí he visto muchas cosas buenas, no aconsejaría nunca que se las copiara, porque al copiarlas se les quitaría la virtud. Pero hay cosas que llamamos prácticas, que tienen un valor absoluto, que son buenas en todas partes. Y en lo tocante a espíritu práctico y sentido común, no hay pueblo que aventaje a este tan desconocido y arrinconado de Finlandia. (XIII)

ORGANIZACIÓN Y RASGOS DE LA SOCIEDAD FINLANDESA

Para hablar de la sociedad finlandesa, en primer lugar hay que recordar el fondo histórico. Finlandia desde la Edad Media constituía un Gran Ducado bajo la dependencia del reino de Suecia. En consecuencia, durante siglos, el estrato social más alto, los cultivados, los funcionarios, los nobles y los terratenientes eran suecos o finlandeses suecohablantes. Los verdaderos finlandeses, en la mayoría paisanos, podían utilizar su lengua materna solamente en casa, porque en la administración y en las escuelas se usaba solamente la lengua sueca (y el latín). En 1809, después de una guerra sueco-rusa, el Gran Ducado fue incorporado al imperio del zar ruso que le atribuyó una autonomía bastante grande. Poco a poco se formaba la administración finlandesa y las estructuras del estado medio-independiente, y al mismo tiempo el sentimiento de libertad e identidad finlandesa. Esta situación duró hasta diciembre de 1917 cuando, aprovechando la revolución en Rusia, Finlandia tomó su independencia total.

En 1896, cuando Ganivet llegó a Helsinki se encontró en una Finlandia todavía medio-independiente, donde crecía una identidad nacional y cultural fortalecida por la publicación de la epopeya nacional Kalevala (primera edición en 1835); y la estancia de dos años le permitió al cónsul español observar cambios en la sociedad que, aunque desde el punto de vista formal estaba bajo la autoridad rusa, relativamente neutral y todavía con fuertes influencias suecas, iba adelante en su camino de liberalización y organización cada vez más finlandesa, la de los dueños verdaderos del país. Ganivet observa: "No hay pueblo, por muy incapaz que sea de gobernarse, que no aspire a ser amo de su casa, y con más razón querrían ser amos de la suya los finlandeses, que son gobernantes habilísimos, como quizá no haya otros en Europa" (III). En tales condiciones Ganivet admira el renacimiento de las relaciones sociales, de la literatura finlandesa y de la constitución política de Finlandia.

Ganivet pudo también exponer y confrontar estos aspectos con algunos fenómenos españoles buscando soluciones a los problemas de sus compatriotas. Entre las más significantes hay que situar seguramente la necesidad de formar el espíritu de cooperación y de responsabilidad común del país. Como en España existían y existen todavía numerosos grupos étnicos, lenguas y distintos espíritus territoriales, sin hablar de diferencias sociales, los españoles no sabían ponerse unánimes para trabajar juntos y ser más asertivos: "Tenemos la manía de separar, cuando, por nuestro carácter indisciplinado, debíamos esforzarnos para unir" (XIII) —decía Ganivet, y además:

Somos perezosos, y, cuando creamos algo, nuestras creaciones, hijas de la pereza, se mueren al poco tiempo por no tomarse el trabajo de vivir. [...] se funda, por ejemplo, un centro artístico; y este centro comienza en seguida a dar tumbos, y sus papás o fundadores lo ven morir con una calma digna de los más aplaudidos estoicos. La causa de eso, se dice, es «la falta de espíritu de asociación»; y dicho esto nos quedamos más tranquilos todavía. Pues bien: aquí donde yo escribo hay mucho espíritu de asociación; y las sociedades no tienen socios bastantes para cubrir los gastos, por lo mismo que son muchas y la población es pequeña. Ocurre todos los días que esta o aquella sociedad no puede seguir adelante, y, en vez de lamentarse de la indiferencia del público, decide sacarle los cuartos con la mayor suavidad posible y organizar una «función de auxilio», como aquí se dice, con el concurso gratuito de los que se interesan por la sociedad. [...] Todas estas cosas hay medios de hacerlas en Granada [...] Pero por algo se ha de empezar. La dificultad mayor es nuestro carácter, nuestro temor a echar a la calle nuestras miserias, nuestra costumbre de aguantarnos en silencio para no desentonar y de regirnos, individuos y sociedades, por la sapientísima regla de conducta: cada uno en su casa y Dios en la de todos. Estas prácticas no tienen más inconveniente que el de impedir que se forme espíritu colectivo. (XI)

Frente al "marasmo" español Ganivet trata de mostrar la energía finlandesa y la situación en el Gran Ducado, donde los verdaderos amos del país (finlandeses) viven al lado de los "visitantes" (suecos y rusos), aunque eso no rompe la comunicación ni la colaboración. El corresponsal observa que: "Los habitantes del país que no son extranjeros se creen todos finlandeses: tanto los que hablan sólo sueco, como los que hablan sólo finlandés, como los que hablan los dos idiomas; realmente el idioma no es bastante para destruir las cualidades de la raza" (II). Lo importante es que todos se sientan unidos y responsables del país. Ganivet habla también de la armoniosa organización de la vida y de la sinergia en la sociedad finlandesa. En comparación con ella la vida social en España parece desordenada, desgarrada y despedazada por las ambiciones individuales. Ganivet advierte también a sus lectores de los errores de generalización en política ("porque en política «todo sistema es falso»"), lo que puede ahogar el espíritu nacional. Hay que trabajar y "no empeñarse en ejercer de «amos de la situación»" (III). Y continúa hablando con amargura y echando en cara a los españoles:

La transformación de los sistemas políticos no depende de los cambios exteriores, sino del estado social: un pueblo culto es un pueblo libre; un pueblo salvaje es un pueblo esclavo, y un pueblo instruido a la ligera, a paso de carga, es un pueblo ingobernable. Las libertades las tenemos dentro de nosotros mismos: no son graciosas concesiones de las leyes. ¿Qué importa que la ley nos declare libres si estamos poseídos por vulgares ambiciones, y sacrificamos nuestra libertad y aun nuestra dignidad por satisfacerlas? Hemos adquirido el derecho de insultar las más respetables instituciones, y hemos perdido el derecho de usar una faja que, aparte de servirnos para meter en ella todos los objetos que llevamos diseminados por innumerables bolsillos, nos serviría también para conservar bien abrigado el estómago. A cambio de la libertad de las ideas, nos dejamos despojar de una libertad más bella y más noble: la de la forma; y nuestra aspiración

parece hoy por hoy cifrarse en que todos los hombres, unidos en coro inmenso y fraternal, entonen un himno a la libertad, puestos previamente de frac y corbata blanca. [...] la mayor parte de las revoluciones son engendros de la ambición o de la vanidad de los hombres [...]. El verdadero revolucionario no es el hombre de acción: es el que tiene ideas más nobles y más justas que los otros, y las arroja en medio de la sociedad para que germinen y echen fruto, y las defiende, si el caso llega, no con la violencia, sino con el sacrificio. (IV)

Además, Ganivet constata que “en España se suele dar más importancia a los razonamientos que a la realidad” (IV) y sigue concluyendo con fuertes palabras:

yo acepto todos los progresos políticos de «mi siglo», y me enorgullezco de haber nacido en un país donde la democracia ha llegado a encarnar con tanta pureza y perfección; pero reconozco que el país mejor gobernado que he visto hasta el día es este de Finlandia, donde todos esos progresos han sido hasta aquí letra muerta. Y ya que nosotros no podemos sacar otra enseñanza de esta observación, convenzámonos al fin de que nuestras luchas por cuestiones fantásticas deben cesar; que con un sistema u otro se va donde se quiere ir, si no faltan inteligencia ni buenos propósitos. Los que desean aún derramar su sangre generosa por introducir un cambio en las exterioridades del Gobierno, que tengan la bondad de reservarla para empresas más nobles, en las que se ventile el interés de «toda la nación»; y si la sangre les bulle tanto que no pueden aguantar más, que llamen a un sangrador y que se sangren y dejen en paz a sus conciudadanos. (IV)

Como vemos, Ganivet da el ejemplo de Finlandia como modelo para España. La comparación muestra que estos dos países son muy diferentes. La situación de la patria de Ganivet le parece muy caótica, mientras que Finlandia es como un organismo donde todo armoniza y se completa. Seguramente esta sinergia social viene de la mentalidad finlandesa. Entre los rasgos constitutivos de la identidad nórdica, M. Klinge, histórico finlandés contemporáneo enumera: la idealización de la pobreza⁴, la tradición de prosperidad y el optimismo, la laboriosidad y el liberalismo (2006: 308–309). Indudablemente gracias a ellos la vida social en los países del Norte podía desarrollarse armoniosamente.

No obstante, en la sociedad del Gran Ducado finlandés, desde hace siglos y también a finales del siglo XIX, o sea durante la estancia de Ganivet, existían visibles diferencias en los modos de vivir: el de los finlandeses “asuecados” (que ocupaban el lugar preeminente en la sociedad) y el de los finlandeses tradicionales (las clases bajas, más pobres y socialmente menos importantes que las primeras). Esta situación era muy injusta, pero, lo que seguramente le gustó a Ganivet es que los finlandeses acumulaban ya sus fuerzas con energía para levantar su espíritu y también popularizar su lengua. Y con un aire un poco nacionalista Ganivet compara esta situación con la de España:

suecos y finlandeses están en la misma relación que estaban en España los colonizadores fenicios y griegos, dueños del litoral, y los iberos, celtas y celtiberos del interior. Entonces también la vida exterior de España parecía ser fenicia o griega para los que desde fuera miraban, y, sin embargo, fenicios y griegos pasaron, y quedó la raza indígena como base para constituir el tipo

⁴ Es lo que Ganivet observa también diciendo que aun en el himno finlandés se habla de la pobreza con una idealización y que al mismo tiempo esa canción nacional es “una muletilla que se emplea contra todos los abusos y excesos: contra el lujo, contra el alcoholismo, contra los vanidosos y petulantes que pretenden imprimir a la nación nuevos rumbos, o vivir, como aquí dicen, «una vida de grande de España». Y a fuerza de repetir que el país es pobre, logran encauzar todas sus energías del modo más aprovechado y útil. Quien vive con más desahogo no es el que tiene más, sino el que administra bien lo mucho o poco que tiene. Este es el caso de Finlandia.” (XIV)

hispanorromano. Siempre que la amalgama no sea completa, que se deje en estado puro un fuerte núcleo de raza indígena, esta concluye por anular a todas las razas extrañas o mixtas que pretendan dominarla, porque tiene de su parte el amor al territorio, la compenetración con el alma del país, la tenacidad y la fe, que sólo pueden tener los hombres que asientan los pies muy firmes sobre «su terruño»; así la raza pura finlandesa: su evolución es lenta y retrasada, pero es vigorosa e intensa, y en su día dará frutos abundantes. (II)

AMOR AL PROGRESO Y A LA EDUCACIÓN

En muchos lugares y sobre todo en la Carta VI Ganivet habla del espíritu progresista de los finlandeses: “Finlandia es un país que ama el progreso y avanza a galope tendido por todas las sendas que a él conducen” (VI), y también admira el sentido práctico de sus habitantes, comparándolo con la actitud de los españoles:

Lo característico de Finlandia es el entusiasmo con que se aceptan todas las innovaciones de utilidad práctica, la rapidez y perfección con que todo el mundo se las asimila. En España tenemos ferrocarriles; pero no sólo los tenemos de mala manera, sino que en algunos casos hemos llevado nuestra mala voluntad hasta el extremo de que el tren sea derrotado por la diligencia. [...] Aquí los ferrocarriles son del Estado finlandés, y, a pesar de lo escaso de la población, dan ingresos muy lucidos; en cuanto al servicio, casi compite con el alemán, que es el más perfecto de Europa. –El teléfono es aquí tan usual como los trastos de cocina; es una persona más en cualquier conversación. Muchas veces ocurre una duda que puede ser resuelta por alguien que está ausente: al minuto se tiene la respuesta, casi como si el consultado se hallara en la reunión. – No conozco ciudad donde existan, proporcionalmente al número de almas, más carruajes que en esta: están distribuidos por toda la población y en constante movimiento; son muy ligeros y baratos, y los usan hasta las clases pobres. –Por el velocípedo hay verdadero delirio, y las mujeres lo han aceptado como instrumento de emancipación [...]. Porque aquí no se fijan más que en el ahorro de fuerzas, y, en cuanto una novedad es útil, todo el mundo la acepta en masa, sin que a nadie se le ocurra criticar ni dárselas de refractario. (VI)

Ganivet hace elogio de la ingeniosidad y apertura a las novedades en la sociedad finlandesa. Comparándola con las sociedades en el Sur de Europa, el autor constata que allí domina “la exaltación de la fuerza muscular y la atrofia del sistema nervioso”, lo que es “la causa de que los pueblos meridionales sean por temperamento refractarios a las innovaciones mecánicas e incapaces de resistir el ajetreo excesivo de los novísimos medios de locomoción” (VI). El finlandés es por completo diferente porque

no tiene campo de acción para ejercitarse en empresas de alto vuelo, pero en su esfera funciona como un organismo libre, adaptado a una función mecánica; es calmoso hasta un extremo desesperante, pero tiene una constancia a prueba de bomba; su entusiasmo progresista nace, propiamente hablando, de su pereza, del deseo de economizar tiempo y de molestarse lo menos posible. [...] Aquí no quieren trabajo extraordinario ni apresuramientos; gustan de la regularidad, y dan a cada obra su plazo marcado e inflexible. (VI)

Respecto al progreso, Ganivet habla también del sistema de educación finlandés y de la reforma universitaria. Aunque la instrucción general en Finlandia era privada, todo el mundo sabía leer y escribir. Sobre todo, el corresponsal alababa el hecho que la enseñanza en las universidades del Gran Ducado sea independiente del Estado y del parlamento, mientras que en el caso de España las universidades estaban sometidas a un poder centralizador:

En España no quieren convencerse de que una ley sirve sólo para regular lo que ya existe con arraigo, nunca para crear nada nuevo. La creación es obra individual o corporativa; la ley es obra social, y viene o debe venir mucho después. La reforma universitaria (y como esta la de la enseñanza en general) está en las Universidades, no en el Parlamento; y lo que hace falta no son legisladores, sino hombres de acción y de sentido común que empuen los zorros y sacudan el polvo a todos los organismos e instituciones. [...] Nuestras Universidades son edificios sin ventilación espiritual. La ciencia que en ellas se recoge es nociva, porque no sirve para crear obras durables sino para armar el brazo de los pretendientes. De aquí mi idea de limpiar y ventilar, abriendo las puertas para que todo el mundo entre y contribuya con su presencia y con su bolsillo a implantar de hecho la reforma universitaria. (XIII)

Ganivet tiene un plan de reforma universitaria inspirado en la organización de la enseñanza superior finlandesa. Propone que 1) las Escuelas de Bellas Artes queden incorporadas a las Universidades; 2) las Universidades diversifiquen sus actividades y que se den funciones públicas, científicas y artísticas; 3) los fondos recaudados por este concepto sean destinados "al fomento de la enseñanza". Él sugiere aún una solución muy práctica: que no sólo una Universidad emplee bien el dinero, sino también que lo gane en consonancia con sus fines, o sea Ganivet aconseja que los alumnos paguen su matrícula y que los profesores (tanto puramente científicos como artistas) no queden sólo en sus aulas, sino que den conferencias o conciertos a las comunidades locales y ganen dinero para su universidad, como lo hacen los finlandeses:

La Universidad de Helsingfors, aparte otros méritos, tiene el ser útil a todo el mundo: a los alumnos, a quienes estimula por medio de abundantes pensiones y estipendios; a los aficionados a la lectura, prestando los libros, sin exigir más garantía que un recibo en que se escribe el nombre y domicilio del que se lo lleva; al público en general, convirtiendo su Paraninfo en sala de espectáculos cultos, donde lo mismo da una conferencia un profesor [...] que un concierto un artista de mérito eminente. [...] Según esta costumbre, todos los artistas dan en la Universidad uno o varios conciertos escogidos para los inteligentes, a cuatro o cinco marcos la entrada. (XIII)

La idea es interesante, pero sería difícilmente aplicable en la patria del cónsul. Las diferencias resultan de tradiciones universitarias totalmente distintas en los dos países. En España las universidades datan de la Edad Media (Palencia 1208–1239, Salamanca 1218, Lérida 1300–1717, Valladolid 1346, Barcelona 1450, Zaragoza 1474, Valencia 1500, Sevilla 1502, etc.), inicialmente como instituciones más bien eclesiásticas, sometidas a la autoridad central –pontifical, real o ducal (aunque gozando de múltiples privilegios). En cambio, la tradición universitaria finlandesa es muy joven: la primera universidad fue fundada en 1640 en Turku (Åbo en sueco) como Academia de Turku (en latín *Academia Aboënsis*), que en 1827, después de un gran incendio, fue trasladada en Helsinki, donde en 1828 renació como Universidad finlandesa del zar Alejandro (en finés *Suomen Keisariillinen Aleksanterin-Yliopisto*). Otras universidades y escuelas superiores finlandesas son todavía más jóvenes⁵. Gracias a esta "juventud"

⁵ En la época de Ganivet sólo funcionaban la Universidad de Helsinki y una escuela superior técnica en Espoo (1872); otras nacieron tan sólo durante el siglo XX: Helsinki –escuela superior comercial 1911, Turku –universidad para los suecohablantes (Åbo Akademi) 1918, Turku –Universidad (para los finohablantes) 1922, Helsinki –escuela superior social 1925, Helsinki –escuela superior comercial sueca (Svenska Handelshögskolan) 1927, Jyväskylä –escuela superior pedagógica 1934. Otras universidades y escuelas superiores eran fundadas después de la II Guerra mundial, especialmente en abundancia en los años 1980 (cf. el diccionario *Facta* 2004).

la actitud finlandesa frente a la educación era diferente de la española: los finlandeses querían recuperar el tiempo del desarrollo y eran muy ávidos de saber (y son así todavía). Esta actitud se caracteriza también por la apertura a todas las soluciones prácticas (es lo que a continuación seguramente ayudó a esta nación a convertirse rápidamente en una sociedad muy moderna, adelantando muchísimo a la sociedad española).

Aunque Ganivet dude si las ideas finlandesas de la organización de la educación pueden ser posibles en España, da consejos a los jóvenes españoles: "Lo que no es imposible es que los estudiantes trabajen y se apliquen a obras útiles para la prosperidad del centro donde se instruyen" (XIII). Si no se puede cambiar el sistema, hay que trabajar para el bien común individualmente. Seguramente el escritor cree aún en el idealismo español, y en cambio, reconoce que en Finlandia "todo es negocio" y muchas cosas resultan del sentido práctico y de la importancia del trabajo para los finlandeses.

No obstante, a menudo Ganivet muestra que esta sociedad no sólo trabaja y gana dinero, sino que "merced a la organización, siendo uno de los pueblos más tristes" ofrece divertimientos donde se arreglan armónicamente todos los miembros de las familias (el padre va al club, la madre al teatro, la hija a la ópera, el hijo a un sitio semejante al café-concert francés). A través de este tema el corresponsal habla también de los movimientos literarios y artísticos finlandeses. Es natural que sean diferentes y más modestos que los de España donde el patrimonio y las tradiciones culturales son notables y abundantes. Sin embargo, el desarrollo de Finlandia era muy difícil, diferente no sólo a causa del clima, sino también de la dependencia política y dominación cultural de Suecia. Durante la estancia de Ganivet, es decir cuando por fin el país vivía su renacimiento, nuestro corresponsal admiraba el despertar del espíritu finlandés y le pronosticaba el siglo de oro. El cónsul estupefacto observaba las fuerzas artísticas de esta sociedad, impresionado por la forma en que los finlandeses apreciaban a los escritores:

se protege mucho a los autores del país, y el que logra distinguirse mucho es objeto de veneración; el aniversario de su natalicio es día festivo, teatralmente hablando: hay iluminaciones y colgaduras y representación de gala; algo por el estilo de lo que en España ocurre con *Don Juan Tenorio*, o en Granada el día de la Toma; sólo que aquí el entusiasmo es todavía mayor. El *Runebergsdag*, o *Día de Runeberg*⁶, es día tan festejado como el del Corpus en España. (XIX)

A pesar de todo, Ganivet nota que hay problemas en el movimiento artístico finlandés. El "antagonismo irreducible entre lo finlandés y lo sueco, y la exageración del espíritu cosmopolita, son las dos causas que impiden que la intensa cultura de este país dé los frutos que debía de dar" (XXI), comenta el corresponsal y añade que hace falta una crítica severa "que espolee a los que trabajan". Entre otros fenómenos negativos se encuentra, según Ganivet, el carácter demasiado práctico del sistema educativo que pone en relieve el aseguramiento material de medios de subsistencia en detrimento del desarrollo de facultades creadoras de alumnos. Y finalmente el

⁶ El 5 de febrero –día de cumpleaños de Johan Ludvig Runeberg (1804–1877) que era uno de escritores no sólo más eminentes, sino también reconciliador de dos espíritus del país: sueco de expresión pero finlandés del corazón. Runeberg es también autor de las palabras del himno finlandés.

corresponsal se queja de que haya tan pocos pintores finlandeses originales e individualistas —les reprocha la imitación a los franceses o italianos y el exceso de intelectualismo. Ganivet dice: “Lo que es natural en el Sur, es absurdo en el ambiente del Norte, y así se nota aun en los buenos pintores de Finlandia, que ven los tipos de su tierra como los vería un extranjero, y los pintan a lo impresionista o a lo decadente, cuando lo lógico sería pintarlos a lo espeso y a lo macizo, en el aire denso que aquí se respira” (XXI).⁷ Comparando este fenómeno con la brillante y abundante creación artística en España, Ganivet pudo estar seguramente orgulloso de su país natal.

SITUACIÓN ESPECÍFICA DE LA MUJER Y SU EMANCIPACIÓN

Las mujeres influyeron en la vida de Ganivet, especialmente durante su estancia en Helsinki, donde llegó solo y vivió solo, sin contar breves y raras visitas de su familia (sus hermanas) y de su amor Amelia Roldán. Es también significativo que allí él encuentra y tiene compañía sobre todo de mujeres: “el azar ha querido que en Finlandia mis amigos no sean amigos, sino amigas, en lo cual creo haber salido ganancioso, puesto que la mujer es aquí superior al hombre, y aquí y en todas partes es utilísima como medio de información” (X). Las mujeres en las sociedades septentrionales son más independientes y visibles que las españolas. Muy fuertes y dominantes, ellas desempeñaban y desempeñan un gran papel y participan activamente en la vida social y política.⁸ Con una cierta estupefacción Ganivet constata: “todas tienen su profesión, porque aquí la mujer trabaja como el hombre [...]. La profesión importa poco; lo esencial es ganar dinero” (IX). Esta independencia de las mujeres le parecía un poco extraña a un hombre del siglo XIX, especialmente a un hombre procedente de la cultura meridional, española, que es tan machista (aunque se puede ver que el culto del macho tan característico para los españoles coexiste con una discreta dominación de las mujeres⁹). Ganivet nota también el valor excepcional de la compañía de sus amigas finlandesas: “lo más notable del caso es que en este país se puede tener amistad sin mezcla de otro sentimiento más peligroso” (X) (—cosa inconcebible en España).

⁷ Más tarde, en el siglo XX, el arte en Finlandia se abrirá a la naturaleza y sencillez, formando el famoso diseño finlandés. Sobre la creación artística y su papel en el establecimiento del nacionalismo, véase también Pérez Rodríguez 2002.

⁸ Es precisamente en Finlandia que las mujeres recibieron como las segundas en el mundo (después de Nueva Zelanda) y las primeras en Europa los derechos electorales (pasivo y activo) en 1906; y en 1907 formaban ya casi 10 % de diputados del parlamento finlandés.

⁹ Parece que Ganivet observa con amargura también este fenómeno: “la mujer ha dejado en manos del hombre todos los atributos de la autoridad, y con ellos todas las responsabilidades y malos ratos que proporcionan. A más, la obligación moral de sostener a la familia. A cambio de algunas satisfacciones irrisorias, el hombre se ha resignado a ser el verdadero esclavo: la mujer ha conseguido vivir a costa del hombre, manejarlo a su antojo en todos aquellos asuntos en que le va algún interés, y, por añadidura, representar el papel simpático, el de «víctima». No existe en la creación un ser que supere a la mujer en inteligencia verdadera, es decir, en inteligencia práctica: sólo se le aproxima el gato, que [...] es el más listo de todos los animales, no sólo por haber resuelto el problema de vivir sin trabajar, sino por haberlo resuelto con achaque de cazar los ratones, diversión o deporte que para él tiene grandes atractivos.” (X)

Durante la estancia de Ganivet en Helsinki las mujeres le rodean por todas partes: en la misma casa que él viven principalmente señoras, en la vida mundana entabla amistades más próximas con mujeres artistas (p.ej. con la pintora Hanna Rönnerberg), y también con mujeres aprende lenguas (sueco y ruso) —especialmente con Mascha Djakoffsky. Esta última era su profesora de idiomas y de literatura del Norte, su amiga y quizás su gran amor. Esta mujer le impresionó muy fuertemente¹⁰, era como su musa y su guía en la realidad septentrional y también en la literatura de estos países. Se puede decir que indirectamente gracias a ella nacieron los ensayos de Ganivet *Hombres del Norte*, donde él presenta los grandes escritores de los países septentrionales, y a menudo también compara sus pensamientos con los de los autores españoles. Las mencionadas mujeres son verdaderas amigas y compañeras con las cuales el cónsul pasa el tiempo muy activamente, pero por supuesto sin flirteo ni coquetería: “En España esto no sería posible, y menos en la forma en que aquí ocurre. [...] El finlandés cree en la veracidad de la finlandesa, y la finlandesa considera injurioso que se dude de su proceder” (X).

En general, Ganivet encuentra a mujeres suecohablantes¹¹ de clase social media, cuya situación social y económica estaba más acomodada que la de las mujeres finohablantes. No obstante, el cónsul ha ya visto que en este país cada mujer tiene un papel extraordinario, y nota con pesar que como “la mujer trabaja como el hombre, ha perdido el calor sentimental y se ha convertido en una entidad útil” (V). Con este hecho el cónsul se dio cuenta de un curioso fenómeno: “el nombre propio, que es el afectivo, va camino de desaparecer. En España sería ridículo decir a una señorita: «Buenos días, Rodríguez»: aunque no se tenga confianza, se emplea el nombre propio, porque a la idea de una mujer acompaña siempre la de amor o delicadeza” (V).

Muy a menudo, Ganivet pone en relieve el hecho que, en comparación con la española la mujer finlandesa es más consciente de su vida, más libre y más independiente del hombre, y continúa su vida profesional aun después de casarse:

Entonces empieza la mujer a funcionar en su papel propio, pero sin cambiar tan bruscamente de vida como la mujer española. En general, la mujer casada es aquí muy callejera, porque tiene el hábito adquirido en el período de soltería; mas aparte de este punto flaco y de que algunas señoras no se avienen al régimen autoritario, la mujer casada es excelente, continúa trabajando en labores que pueden hacerse en casa (esto aun en las familias de buena posición) y es un auxiliar del marido; es experimentada e instruida como el hombre y está unida con él, no sólo por el afecto o por los intereses domésticos, sino por la comunidad intelectual. (VIII)

¹⁰ En una carta personal a uno de sus amigos Ganivet escribe de ella: “yo ya tengo una amiga que es mi profesora de sueco, es decir, una joven rusa, hija de polaco y alemana, con la que sostengo ratos de conversación, y que resulta un tipo rarísimo, comparado con nuestras señoras. Es bellísima en el género rubio, pero más seria que un chavo de especias; a mí me tiene por loco, por una especie de Quijote, pues no puede hacerse cargo de que un hombre sea idealista, y al mismo tiempo cometa barbaridades y chiquilladas” (cit. según Fernández Almagro 1952: 166). Probablemente Ganivet estaba más que un poco enamorado de esta mujer.

¹¹ Como el sueco era la lengua más oficial, como el ruso, Ganivet aprendió sólo esas dos lenguas, aunque pudo también darse cuenta de la belleza de la lengua finesa, utilizada por los autóctonos: “el finlandés es tan armonioso como el italiano; mucho más que el sueco, bien que este posea la soltura y elegancia de la lengua francesa, y en muchas palabras la plenitud y sonoridad de la española” (V).

Es visible aquí que Ganivet admira la actitud y la independiencia de las mujeres. Sin embargo, paradójicamente y a pesar de esta admiración, manifiesta también su tradicionalismo español e indica a la mujer su lugar en el rincón, que le sería "más natural". Con un aire un poco machista y patriarcal a través del cual parece visible una "vigorosa influencia árabe, que flota en el ambiente de Granada" según las palabras de M. Fernández Almagro (1952: 179), Ganivet dice:

Yo comprendo las ventajas de la familia intelectual a estilo finlandés, y prefiero la familia sentimental a la española. En España, un hombre de ciencia o de arte encuentra con dificultad una mujer que se interese por sus trabajos: tiene que pensar solo; pero el pensar no es toda la vida. Hay muchos hombres que no piensan casi nunca; y de los que piensan, hay también muchos que lo hacen de tarde en tarde: así, pues, lo intelectual en la mujer es secundario, si se atiende al papel que ésta representa en la vida del hombre. Muy bello sería que la mujer, sin abandonar sus naturales funciones, se instruyera con discreción; pero si ha de instruirse con miras emancipadoras o revolucionarias, preferible es que no salga de la cocina. (VIII)

Estas fuertes¹² palabras seguramente no les gustarían a las mujeres contemporáneas. Es evidente que Ganivet habla con un poco de desprecio de las aspiraciones de la mujer finlandesa que

cree que a fuerza de estudios ha de lograr nivelarse con el hombre; mas al casarse, y a veces antes, nota que la tiranía no viene del hombre, sino de la naturaleza femenina, y particularmente de la maternidad, y procura descargarse de este fatigoso deber. Hay quien cree que a las señoras inteligentes se les seca la matriz; yo opino que lo que se les seca es la voluntad. En cuanto una mujer adquiere conciencia exacta de sus obligaciones, y obra, no por instinto, sino por reflexión y cálculo, se insubordina contra su propia naturaleza, donde está la causa de sus penalidades, y se convierte en un hombre estrecho de hombros y corto de piernas, en una calamidad estética y social. (VIII)

En relación con las mujeres muy instruidas Ganivet observa que al hombre le es difícil hablar naturalmente con ellas porque paradójicamente no saben estar naturales, sin pensar siempre con razonamiento. Es decir, el corresponsal parece acentuar que ellas son como si hubieran perdido la empatía femenina que les debería ser como un instinto innato:

La mujer finlandesa es muy inteligente: no he encontrado ninguna excepcional; pero todas pasan de medianas; el promedio de cultura es superior al de Alemania, Inglaterra o Francia, y, sin embargo, son contadas las mujeres que producen la impresión de la belleza intelectual, porque la instrucción no es completamente apropiada a la naturaleza de la mujer, y las funciones que esta desempeña en la sociedad son en muchos casos absurdas. [...] Ocurre, pues, que las mujeres estudian para ganar dinero, y después que entran en la vida exterior y mecánica sufren la presión de la rutina y pierden las actitudes estéticas, naturales en la mujer que hace cosas femeninas, como leer, coser, bordar, cuidar los pájaros, regar las macetas o pelar la pava. [...] En cambio,

¹² En la Carta XVI, Ganivet mitiga un poco su actitud, cuando contesta a una carta de una cocinera española, mujer sencilla, que le escribió pidiendo que la pusiera al corriente del estado culinario de Finlandia: "yo no entiendo muchas de las cosas que usted escribe. Mi ama, que es una señora muy leída, es la que me las aclara; y ayer me explicó que lo que principalmente quiere usted dar a entender es que las mujeres deben de estarse en la cocina y no mezclarse en lo que no entienden", a lo que el corresponsal replica: "No creo necesario advertir que la susodicha vieja me ha levantado un falso testimonio. No sólo no pido yo que las mujeres se estén en la cocina, sino que, al contrario, pido que las cocineras se instruyan".

habiendo tantas señoras inteligentes, no hay apenas una que sepa dar el tono a una reunión o sostener una conversación espiritual; y la causa de todo está en que la instrucción no es femenina, en que la mujer estudia como el hombre para desbancarlo, y después vive en permanente contradicción, porque su cultura no está de acuerdo con su naturaleza." (IX)

La imagen de la mujer finlandesa trazada por el corresponsal generalmente es negativa, y las palabras de admiración son más bien raras. Es una lástima que la perspectiva de Ganivet sea severa y tradicionalista y que quiera ver a las mujeres principalmente en las actividades típicamente "femeninas"...

Pero a menudo él describe algunos papeles de las finlandesas con una verdadera sorpresa. Por ejemplo muy curiosas son sus observaciones sobre las viudas a las que Ganivet ve "en abundancia". El corresponsal, reconociendo que en general "el estado de viudez es en cierto modo el estado ideal para una señora culta", constata que en la sociedad finlandesa las viudas tienen un papel muy característico que pone en relieve el sentido práctico de estas mujeres:

Con el sistema moderno de los escalafones, un hombre no puede sostener decorosamente una familia hasta que se acerca a la vejez, y aquí con mayor motivo, por ser la vida más costosa y mayores las exigencias de las mujeres. Por otro lado, la mujer finlandesa es muy práctica y no se conforma con amar a secas; aquí no tiene aplicación el «contigo pan y cebolla», entre otras razones porque no se crían cebollas; y luego el clima conserva mucho a las personas, y para los efectos del matrimonio un hombre a los cincuenta años representa lo que en España uno de treinta y cinco a cuarenta. Las mujeres finlandesas no les hacen ascos a los viejos, y bueno es que la noticia circule. Un señor de cincuenta a sesenta años y en posición desahogada, puede aspirar a la mano de una muchacha, y lo que es más bello, a inspirar un verdadero amor, si es amor lo que aquí recibe ese nombre. Estas uniones desiguales tienen además la ventaja de que el viejo galán suele perecer pronto en la aventura y dejar a su joven esposa con medios para vivir independiente y en condiciones admirables para divertirse y ser ornamento de la sociedad. Hay un sacrificio un tanto doloroso: el de que se muere; pero la comunidad sale altamente gananciosa." (VIII)

Junto a las casadas y las viudas, Ganivet observa también a numerosas divorciadas (aunque reconoce que en el interior del país, "donde las costumbres son más primitivas" esta "especie" es muy rara), y desde el punto de vista de un español tradicionalista, las prácticas de estas mujeres no le gustan, o al menos, está un poco chocado: "En España no tenemos idea de la divorciada más que por lo que nos cuentan de la nación vecina, donde el tipo es algo escandaloso; aquí el divorcio es natural y debe existir, porque encaja muy bien en la concepción de la familia. [...] Entre novios existe ya algo que indica la conveniencia de permitir el divorcio" (VIII). En esta vida liberal el sistema es simple: de la amistad se pasa al amor, y cuando éste acaba, se vuelve a la amistad, "y los que fueron novios continúan siendo grandes amigos". Además a menudo entre las mujeres no hay discreción de recuerdos de sus antiguos amoríos y novios. En estas observaciones de costumbres amorosas Ganivet constata con estupefacción: "Se ven cosas que denotan una frescura envidiable" (VIII). El corresponsal cuenta también una historia típica:

Una señora, aburrida de su marido y enamorada de un obsequioso pretendiente, plantea en familia la cuestión de confianza, sin duda por no verse en la triste necesidad de faltar a sus deberes. El esposo comprende con claridad la nueva situación psicológica, y, agradeciendo la franqueza, se aviene a la separación; después la señora se casa, y el antiguo marido no sé fijamente si asistió a la boda, pero sí que continúa entrando en la casa del nuevo matrimonio

como amigo íntimo de confianza. Yo declaro sinceramente que me gusta esta manera de jugar con todas las cartas boca arriba: el juego no tiene gracia, y los autores de tragedias se verían apuradísimos si toda la humanidad imitara a los enamorados que por aquí se gastan; pero el que ve las cosas desde fuera se divierte, y hasta se encariña con quienes tan consoladores ejemplos ofrecen de cristiana fraternidad. (VIII)

En el divorcio, Ganivet ve la "consecuencia necesaria de la civilización" y observa que este fenómeno es mucho más frecuente en las ciudades. Otra de sus causas, según él, es que en Finlandia las muchachas y los muchachos son tratados como iguales y hasta a nivel del sistema de educación: "En España no sería posible establecer escuelas mixtas, y en Francia hubo hace poco un gran alboroto por los abusos cometidos en el colegio de Cempuis, donde se intentó ensayar el sistema; aquí estudian juntos muchachas y muchachos sin la menor dificultad." (VIII). Aquí resulta que Ganivet trata la sociedad finlandesa al mismo nivel que la francesa —es decir, visto a través de los ojos del español de este tiempo— como demasiado atrevidas o aun libertinas, en comparación con las cuales la sociedad española era como guarda de los valores tradicionales y únicamente justos. Podría ser discutible si esto no era un prejuicio...

En sus *Cartas* el corresponsal no se olvidó tampoco de hablar del aspecto exterior de las mujeres. A veces subraya que en España abundan las mujeres hermosas, mientras que las finlandesas son relativamente bellas. No le gusta a Ganivet que ellas tengan "horror" a la naturaleza femenina y la maternidad y, lo que le parece muy extraño: se caracterizan por una obsesión por el deporte. Ganivet observa también con pena su "regularidad mecánica de los movimientos", pero dice que "la finlandesa en estado de reposo es bastante deficiente, o mejor dicho, poco apetitosa, y que en movimiento gana mucho, porque, si bien carece de gracia, tiene fuerza y agilidad", pero su cuerpo en general no es hermoso porque

las mujeres son flacas por lo general: hay mujeres voluminosas, pero las ideas son desfavorables a ese tipo, que es como el símbolo de la fecundidad, a la que estas mujeres tienen horror. Una mujer que tiene muchos hijos es una mujer a la antigua, una «vaca» como dicen aquí; la mayoría de las mujeres se dedica a hacer gimnasia y a todos los géneros de deporte para conservar la soltura y la agilidad. [...] En lo que se puede adivinar mirando por fuera se nota que no hay redondeces, que la estructura es esencialmente rectilínea; y de las interioridades casi me atrevo a pensar lo mismo. [...] estas mujeres son enjutas de extremidades. (IX)

Es visible que Ganivet tiene un concepto de la belleza femenina y del papel de la mujer diferente de lo de Finlandia. Y el corresponsal afirma fuertemente:

Una mujer no es una estatua, y no puede ser juzgada con la vara de medir: es un ser vivo, cuya belleza nace de la vida misma. Una mujer deformada por el exceso de maternidad es más bella que un marimacho, del mismo modo que un hombre inteligente, envejecido prematuramente por el exceso de trabajo mental, es más bello que un barbilindo. La belleza de la mujer está en su aptitud para vivir como mujer y en la obra que realiza como mujer. (IX)

En resumen, no sólo la belleza, sino sobre todo el papel de las mujeres finlandesas en la vida familiar y social no le gustan al cónsul español. Ganivet quisiera que las mujeres fueran libres, pero no tan emancipadas:

La belleza intelectual no está en saber mucho: está en saber lo que conviene; la belleza sentimental, no en la violencia de las pasiones, sino en su naturalidad; la belleza plástica, no en la perfección exterior, según tipos escultóricos, sino en la concordancia de la forma con los hechos

que constituyen la vida propia de la mujer. Según los psicólogos misóginos, la mujer es inferior al hombre aun en belleza; pero, aunque esto fuera verdad (y todas las mujeres creen que lo es), nada se adelanta con que el sexo débil se fortalezca y se adorne con todos los atributos masculinos: una hembra con pantalones no es un varón, es un adefesio. La mujer tiene un solo camino para superar en mérito al hombre: ser cada día más mujer. En todo el norte de Europa se trabaja hoy con ardor contra la emancipación: pregúntese a cualquier señorita de por acá cuáles son sus ideas, y dirá que quiere ser libre, pero no emancipada; aunque desee serlo, no lo dará a entender, porque comprende, por los ensayos hechos, lo ridículo de la parodia. (IX)

Resulta que las españolas serían de un cierto modo más ideales que las finlandesas. Sin embargo, a través de sus escritos, podemos ver que Ganivet tenía una actitud ambivalente frente a las mujeres del Grand Ducado. De una parte le encantaba su independencia y fortaleza:

La vida social es bella por la intervención extraordinaria del sexo femenino, e individualmente las mujeres producen una impresión agradable: la de que son personas capaces de vivir independientes, sin necesidad de consejos ni de tutelas; las holgazanas caen con facilidad; las que saben y quieren trabajar tienen el camino expedito, y aun dado caso de que den un tropezón, no por eso desmerecen socialmente, puesto que continúan viviendo decorosamente de su trabajo. La mujer finlandesa aspira a la belleza intelectual; pero lo que más la realza es la acción, la voluntad, la constancia; intelectualmente es un libro de texto; y en cuanto a la fe, que tanto embellece el alma femenina, no le aconsejo a nadie que venga a buscarla aquí. (IX)

De otra, el cónsul expresa fuertemente su tradicionalismo, pero nota que el fenómeno de las buenas relaciones entre los hombres y las mujeres es la llave del armónico funcionamiento de cada sociedad:

Si me dieran a elegir el procedimiento para reformar una nación, elegiría sin vacilar uno que jamás ha sido puesto en práctica de una manera reflexiva: la transformación de las ideas estéticas del hombre respecto de la mujer, y viceversa. Un cambio de criterio en este punto trae consigo en breve plazo la transformación de la familia y la de la sociedad. (IX)

Es verdad que las mujeres finlandesas eran y siguen siendo muy pragmáticas, no son idealistas e ingenuas, pisan firmemente la tierra, es decir —como afirma Ganivet mismo— "ellas no creen ya en los milagros". Descubrir ese tipo de mujer "interesada" constituyó seguramente un choque cultural para este granadino que así expresa su sabor masculino: "A mí no me satisface estéticamente la mujer finlandesa, porque es poco femenina. [...] lo corriente es el tipo varonil, la mujer que imita al hombre" (IX). Y si se trata de lo espiritual: "La belleza interior supera a la exterior, y suele encontrarse alguna mujer espiritualmente bella; pero, a pesar de la cultura, quizá a causa de ella, el carácter predominante es el práctico, y las propensiones, generalmente materialistas" (IX). En general, la mujer finlandesa, aunque fascinante, no es tan atrayente como la española. De aquí que Ganivet glorifique a sus compatriotas e incite a apreciarlas (aunque la manera de hacerlo no siempre les guste a las mismas mujeres, sobre todo desde el punto de vista contemporáneo).

IMAGEN DE ESPAÑA A LOS OJOS DE LOS FINLANDESES

Ganivet quiso también descubrir lo que los finlandeses pensaban de los españoles. Para saberlo, tuvo muchas conversaciones y aun leyó una guía muy popular sobre

España, escrita en sueco por el pintor Egron Lundgren. Así Ganivet pudo conocer más precisamente las impresiones de los extranjeros para después presentar la manera finlandesa de percibir a los españoles y España, "porque diciendo lo que estas gentes de por acá piensan sobre nosotros, se descubre más aún lo que ellos piensan y son" (X). Pero análogicamente observa con amargura la ignorancia de sus compatriotas y aun su xenofobia:

Preguntemos a la generalidad de los españoles qué idea tienen sobre Finlandia y los finlandeses, y notaremos que no tienen ninguna idea, y al notarlo descubriremos un rasgo de nuestra idiosincrasia: el desdén con que miramos todo lo que ocurre fuera de España, y casi todo lo que ocurre dentro también. Vivimos en estado de «distracción permanente». En cambio, aquí se nos conoce, aunque por desgracia sea por el lado peor, y he encontrado ya varias señoritas que me han dicho de memoria las cuarenta y nueve provincias de España. (X)¹³

Ganivet observa que la imagen del español más divulgada entre los finlandeses es la de un hombre orgulloso, y que los españoles representan un tipo análogo a los italianos, aunque ellos "sean más dados al arte y nosotros a la guerra". Algunas señoras le dijeron al cónsul también que "a España es peligroso ir, sobre todo señoras solas, porque es «un país sin ley»". El corresponsal continúa: "nos tienen por muy valientes; pero al mismo tiempo por muy duros de corazón y semibárbaros o semiprimitivos. [...] en una conversación, sale a relucir nuestro catolicismo como signo de atraso intelectual y las corridas de toros como signo de barbarie." (X). Ganivet constata también que los finlandeses (o especialmente las finlandesas) que leen mucho sacan sus numerosas ideas sobre España de los libros "o de las fábulas que en Europa, y particularmente en Francia, forjan a nuestras expensas los escritores del género pintoresco [...] uno de los libros decía que los catalanes son industrioses, los castellanos arrogantes y los andaluces vivos, familiares y muy dados a la broma" (X).

Otro estereotipo se refiere a la actitud sentimental del español –un macho muy superficial:

Sin necesidad de ser andaluz, sólo con ser español, le miran a uno con prevención en las relaciones familiares, a causa del malísimo concepto en que, como sujetos sentimentales, se nos tiene. Nos consideran capaces de pasión, pero no de verdadero amor, es decir, de un sentimiento apacible y durable que se traduzca en «soluciones prácticas»: de aquí, piensan, la facilidad con que, creyendo decir verdad, mentimos al hablar de nuestros sentimientos, y la poca conciencia con que nos burlamos de las mujeres que no saben resistir. (X)

No obstante, la peor es la imagen de la española:

Algunas señoras creen de buena fe que el mayor mal que puede ocurrir a una mujer es nacer en nuestro país: la consideran como una esclava, casi como una mujer de harén. Reconocen que

es bella, y acaso de este reconocimiento arranque la severidad con que la juzgan; pero piensan que esa belleza habla sólo a los sentidos, que no es la belleza de un ser inteligente. (X)

Por supuesto, Ganivet defiende fervientemente a las mujeres españolas y muestra aun la superioridad de sus compatriotas sobre las finlandesas:

Las españolas tienen gran talento natural y aprenden todo lo que quieren. El detalle ese que aquí choca de las faltas de ortografía, no tiene importancia en nuestro país, porque nosotros sabemos que procede del exceso de pasión, que turba a las mujeres hasta el punto de hacerles cambiar unas letras por otras. La española posee la ortografía del lenguaje espiritual, mucho más necesaria que la de la escritura. [...] Aquí he encontrado ya varias personas que hablan y escriben correctamente media docena de lenguas y que no saben decir nada en ninguna: de ellas se puede decir lo de aquel que poseía una gran colección de instrumentos musicales, pero que no sabía tocarlos. [...] se pone en evidencia que la mujer española, refractaria a la emancipación a causa de su «atraso intelectual», es mucho más sabia que las que neciamente se declaran autónomas y cargan con el pesado fardo de obligaciones que los hombres hemos llevado solos hasta ahora. (X)

Además, la imagen de sus compatriotas viene de la diferente actitud de las mujeres españolas y finlandesas respecto a la libertad:

el punto en que se insiste con verdadera saña es el de la libertad. Estas mujeres tienen la manía de la libertad: pueden hacer lo que quieren, y, sin embargo, acusan al hombre de déspota; y como creen que las españolas viven encarceladas y contentas, las juzgan como seres infelices, sin conciencia de su dignidad personal. Una de mis contertulias pretendía convencerme de que los hombres meridionales tenemos odio instintivo contra las mujeres del Norte, porque tememos que «nuestras esclavas» se nos subleven, siguiendo el ejemplo de las que ya consiguieron sacudir el yugo. (X)

Resulta que las finlandesas –tan ávidas de su libertad individual y orientadas a sus necesidades personales– ven a las españolas como mujeres infelices, lo que es falso según Ganivet (aunque no se sabe qué exactamente pensaban las españolas en esta época). Pero es visible que el escritor siente un gran respeto por sus compatriotas y las considera como mujeres generosas, que sacrifican su destino a la familia y al hombre. Es evidente que el modelo español le parece lo mejor.

No obstante, a pesar de su seguridad interior respecto al estilo tradicionalista de vida, Ganivet observa con amargura que los prejuicios y la imagen negativa de los españoles continúan difundiendo ampliamente por el país:

esos rasgos que se atribuyen a nuestro carácter: la dureza, la tiranía con la mujer, el desprecio de las leyes y otros de este tenor, son el estribillo siempre que se habla de España sobre asuntos más serios. Con motivo de las guerras que ahora tenemos pendientes, la prensa de aquí escribe enormidades contra España: no hay absurdo de los que se fabrican a destajo por los enemigos de nuestra nación que no tenga segura acogida; se nos cree capaces de todo género de horrores. Sin duda, nuestro papel histórico nos enajena las simpatías de un país como este, adepto de la religión luterana; pero no se llegaría hasta la animadversión si no fuera porque la idea absurda que corre como válida acerca de nuestro carácter sirve de plataforma para fundar fábulas odiosas que exciten la compasión en muchas almas sensibles e incautas. (X)

Hay que decir que la visión negativa de España predominaba no sólo en el Gran Ducado, sino también en Polonia, tanto en relatos de viajes y en la opinión pública, como en enciclopedias y en la literatura (cf. Kieniewicz 1988, 2001 y Kulak 2004). Algunos estereotipos, los transmitían y fortalecían, a menudo injustamente, los relatos franceses y alemanes, pero es verdad que en aquella época, particularmente a lo largo

¹³ En esta época también en Polonia los conocimientos sobre Finlandia eran muy pequeños, limitados a algunos estereotipos, de que escribe A. Chodubski: "Finns were viewed as brave, honest and liberal people – as far as favourable opinions are concerned, and as people lacking refinement and dull ones, women lacking charm – in negative respect" (1997: 312). En cambio, los finlandeses sabían mucho más sobre los polacos, y aun les prestaron ayuda después de la Insurrección de Enero, aunque formalmente estuvieron bajo la dependencia rusa: "The outbreak of Polish January Uprising (1863) triggered a strong reaction in Finland. Finnish authorities assured the tsar about their loyalty. Yet at same time committees collecting funds for the insurgents were established" (*ibidem*).

del siglo XIX, en casi todas las descripciones de España se hablaba de su carácter atrasado y fanático, y de los españoles como gente perezosa, indolente, ignorante, supersticiosa e intolerante.¹⁴

Seguramente algunas ideas sobre la realidad española eran exactas –parcialmente es por eso que Ganivet escribe sus *Cartas finlandesas*–, pero hay también prejuicios, que el corresponsal intenta explicar dando informaciones más precisas y tratando a la vez de mejorar la dudosa imagen que le da a pensar: “no seamos exigentes y conformémonos con que haya en España quien sea vocero de nuestro renombre y quien demuestre prácticamente que somos un pueblo amante de la expansión, de ver mundo, de sacudirnos el polvo, sin olvidar la tierra nativa, por más malos tratos que en ella hayamos recibido” (I).

Confrontando los dos países con sus sociedades, Ganivet trata de comprender el uno y el otro –esta extraña Finlandia y su propia España– y de explicarlos a sus lectores: pinta sus cuadros reales y muestra diferencias que parecen ser insalvables para las dos mentalidades. Así, vemos que los finlandeses aman la libertad y la independencia, pero saben vivir armónicamente en sociedad con responsabilidad común. Los españoles se concentran en su individualismo (hasta en su propio nombre y apellido –como muestra la cita siguiente), y al mismo tiempo tratan la sociedad como su familia (con un fuerte sentimiento patriarcal), donde no todo y no siempre funciona de manera concordante. Las divergencias entre esas dos visiones son muy grandes:

Los finlandeses, antes que hombres, son miembros del organismo social, y tienen [...] aptitudes sobresalientes para vivir libres dentro de las organizaciones y reglamentaciones en las que nosotros no podríamos movernos siquiera. Entonces, se dirá, ¿España no es una nación democrática? De ningún modo; somos el pueblo más aristocrático de Europa: así como en otros pueblos se ha debilitado el nombre propio, nosotros lo conservamos, porque conservamos nuestro amor al individualismo; pero hemos agregado un apellido más para señalar nuestro entronque, nuestra ascendencia. [...] yo contesto siempre que en España la mujer, socialmente, es menos que aquí, pero que en casa lo es todo; que hasta conserva su nombre de familia y lo transmite a sus hijos con el del padre. [...] Hemos llegado a la igualdad haciéndonos todos hidalgos, esto es, siendo todos aristócratas. Por eso, hablar de democracia en España es música celestial; no podemos ser demócratas, porque queremos demasiado a nuestra familia. En la actualidad vivimos en plena democracia, y estamos asistiendo al espectáculo interesante de la formación de un nuevo patriciado, de una aristocracia política, constituida por la aglomeración en los cargos públicos de gentes enlazadas por vínculos familiares. No gritemos contra los yernos, los sobrinos, los cuñados y los primos, porque ahí está nuestra salvación, en ese plantel de aristócratas de nuevo cuño que en el porvenir han de dar muchos días de gloria a la patria, o por lo menos a sus respectivas familias. (I)

En general, en sus *Cartas finlandesas* Ganivet quería hacer descubrir Finlandia a sus compatriotas y mostrarles algunas ideas con motivos regeneracionistas. No obstante, la visión de Finlandia de Ganivet es contradictoria. En sus escritos domina la sensación de encanto, pero también expresa su asombro, aun se siente chocado. Al mismo tiempo su visión no es objetiva. A. Caro González (1999: 61–62) nota que la percepción ganivetiana de este “nuevo” mundo para él pudo ser influenciada por cuatro

¹⁴ Hay que notar que en ese tiempo algunos autores polacos veían en la actitud de los españoles muchos rasgos de los polacos, y en la situación de España –un país “grande y poseedor de un pasado excelente y glorioso”– hasta buscaban una consolación (cf. Kieniewicz 1988: 43).

factores: el bagaje cultural español (educación católica, concepto de familia, papel inferior de la mujer en la sociedad), el prisma de una elite de suecohablantes (especialmente mujeres), los contactos con la clase media-alta (también especialmente mujeres) y la selección de aspectos según su propósito de servir de guía a la sociedad española. Es decir, los ojos de Ganivet observaban el mundo a través del filtro de la cultura española. A. Gallego Morell, refiriéndose a la estancia de Ganivet en Finlandia afirma lo siguiente: “España es su obsesión. Pero preferentemente una España para andar por casa, es decir, su Granada natal” (1974: 126).

No obstante, sintiendo una misión instructiva Ganivet ofrece a los españoles un conjunto de ideas para seguir algunos modelos de vida y de organización de la sociedad de los finlandeses y muestra su superioridad. Hace elogio de sus cualidades, como: el espíritu de cooperación, la responsabilidad común, la parsimonia, el sutil instinto económico (el “finísimo olfato económico”), el respecto a la propiedad ajena (a menudo hasta las puertas no tienen cerraduras), etc. Pero él muestra también que la vida finlandesa no es siempre tan ideal, aunque esté muy bien organizada. Sin embargo, los finlandeses también tienen sus vicios, por ejemplo según Ganivet la mayoría de ellos cuando “suspenden sus faenas” el sábado por la tarde, beben “lo bastante para estar sin sentido hasta el lunes por la mañana”. Ganivet lo llama hasta “el deporte alcohólico”¹⁵. Y si se trata de las mujeres, en general son poco femeninas y de tipo varonil. Además, es una sociedad muy materialista y poco espontánea.

Además Ganivet en sus *Cartas* en muchos aspectos pone de relieve lo que es mejor precisamente en España, aunque eso no sea todavía muy apreciado por los mismos españoles. Es decir, Ganivet dice que en España había y hay cosas de las que los españoles pueden estar orgullosos. Por ejemplo, refiriéndose a España, Ganivet pone en boca de un tal González las siguientes palabras: “Esto no es Finlandia, y yo creo que es mejor que Finlandia; porque aquí queda aún fantasía, y no estamos aún subyugados por el materialismo ni por utilitarismo” (VII). Esto significa que los tesoros nacionales, en este caso los españoles, son más visibles en comparación con otros modelos –aquí con la vida finlandesa. Ganivet parece hacer elogio de la supremacía moral y artística de los españoles, así como de la belleza física y espiritual de las españolas. Eso es también su llamamiento a sus compatriotas para que no pierdan sus antiguas buenas costumbres y cualidades del carácter nacional, pero corrigiendo sus vicios.¹⁶

¹⁵ Ganivet resume: “El finlandés es muy ingenioso, muy pacienzudo, y, sobre todo, muy hábil para las manipulaciones que tienen una aplicación práctica: el campesino más ignorante sabe componer un aparato para destilar alcohol, y a pesar de su respeto a la ley, sabe burlar la ley si la ley no le deja el camino expedito para satisfacer su pasión predominante” (XVII). El tema le parece tan apasionante que el autor consagra a los borrachos (no sólo finlandeses) toda la Carta XVIII, muy cómica y divertida. Ganivet dice aun que sería curioso trazar un mapamundi de la embriaguez, y trata de caracterizar a los borrachos de varias naciones europeas, p.e. los españoles y los italianos son “peleístas, los de la navaja”, mientras que el “borracho finlandés es uno de los más perfectos de Europa; es el borracho a priori, es decir, que sería capaz de destilarse a sí mismo para embriagarse con su propia sustancia: de tal suerte juzga y considera compenetrados el hecho de existir y el de mitigar esta desventura con algún consuelo espiritual” (XVIII).

¹⁶ J. Kieniewicz nota aun que „Konserwatywny idealizm nie musiał więc oznaczać zaślepienia wobec rzeczywistości lub przeszłości. Był, jak w przypadku Ángela Ganiveta, optymistyczną wiarą w przyszłość ożywną przez własne wartości” [‘Pues el idealismo conservador no tuvo que significar

Cartas finlandesas es un ejemplo de una obra no sólo literaria, sino también terapéutica, que contribuye al regeneracionismo ganivetiano. Además confirma el hecho que hay que mostrar lo que es bueno y lo que es malo para distinguirlo y apreciar lo que se debe apreciar y reconocer los errores para enmendarlos, aunque eso no siempre sea muy agradable. Cada vez que se habla de la evaluación en general y de los valores, es imposible hacerlo sin criticar algo, es decir la valoración está ligada a la crítica. Ganivet, aunque a menudo critica la organización de la vida en España, también subraya que sus compatriotas pueden estar orgullosos de lo que es precioso y digno de cultivar en la sociedad española.

BIBLIOGRAFÍA

- CARO GONZÁLEZ Antonia, 1999, Ángel Ganivet y las mujeres en España y Finlandia (1896–1898), in: *Finlandia: lengua y cultura*, coord. E. Hannikainen, Madrid: Fundación Actilibre, pp. 59–69.
- CHODUBSKI Andrzej, 1997, Formation of Polish colony in Finland, in: *Poles in Scandinavia*, ed. E. Olszewski, Lublin: Panta, pp. 307–321.
- FACTA – Suomenkielinen tietosanakirja (cd) 2004, Helsinki: WSOY.
- FERNÁNDEZ ALMAGRO Melchor, 1952, *Vida y obra de Angel Ganivet*, Madrid: Revista de Occidente.
- FERNÁNDEZ SEBASTIÁN Javier, 2007, El porvenir esquivo. Una breve historia del futuro en la España contemporánea, *Claves de razón práctica*, n.º 169 (Enero/Febrero 2007), pp. 44–52.
- GALLEGO MORELL Antonio, 1974, *Angel Ganivet el excéntrico del 98*, Madrid: Guadarrama.
- GANIVET Ángel, 1898, *Cartas finlandesas*, edición digital a partir de la de Granada, Tip. Vda e Hijos de Sabatel, 1898, cotejada con la edición de A. Gallego Morell (Madrid, Espasa Calpe, 1998), disponible en el sitio de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes 1999: <http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=6>.
- JUSSILA Osmo, HENTILÄ Seppo, NEVAKIVI Jukka, 2001, *Historia polityczna Finlandii 1809–1999*, trad. polaca B. Kojro, Kraków, Universitas.
- KIENIEWICZ Jan, 1988, España en la mitología nacional polaca, *Estudios Hispánicos*, Varia CCXLII, pp. 37–48.
- KIENIEWICZ Jan, 2001, *Hiszpania w zwierciadle polskim*, Gdańsk: Novus Orbis.
- KLINGE Matti, 2006, *Fińska tradycja. Eseje o strukturach i tożsamościach Północy*, trad. pol. J. Suchoples, Wrocław: Atut.
- KULAK Ewa, 2004, La imagen de los españoles en las enciclopedias polacas de los siglos XIX y XX. Cultura, carácter nacional, diferencias regionales, in: *Identidades: Etnias, Culturas, Naciones*, coord. M. Nalewajko, Varsovia: Universidad de Varsovia, pp. 36–50.
- PÉREZ RODRÍGUEZ Antonia M.ª, 2002, A creación artística como fonte de información para establecer diferencias entre o nacionalismo finlandés e o galego, in: *Actas do Congreso Galicia – Finlandia. Modos de pensar*, coord. M. Ledo Andión & T. Varis, Santiago de Compostela: Consello da cultura galega, pp. 93–117.

una obcecación frente a la realidad o el pasado. Era, como en el caso de Ángel Ganivet, una creencia optimista en el porvenir, animada por sus propios valores"; trad. I.P.] (2001: 163).

Dorota Pudo

Université Jagellonne
de Cracovie

HUON DE BORDEAUX :
COMMENT S'OUVRENT
ET SE CLOSENT L'ÉPOPÉE
ORIGINALE ET SA MISE EN
PROSE

Tout le Moyen Age a été fasciné par différents types de reprises de textes déjà en circulation ; mais la période tardive de cette époque a fait de l'art de réécriture le centre de son activité créatrice. Ce repli sur sa propre histoire culturelle peut être interprété comme une marque de décadence, visible également dans d'autres domaines de l'art : que l'architecture recherchée et pleine de lignes sinueuses du gothique flamboyant en fournisse un exemple. La vie des nobles familles de ce temps, célèbre pour la pompeuse et quelque peu artificielle imitation des mœurs de jadis, semble témoigner de la même tendance. Dans la littérature, le désir de connaître ou, mieux encore, de revivre son passé s'est manifesté par une vogue de reprises des textes narratifs des siècles antérieurs. Un des procédés employés à cet effet a été la mise en prose du roman et de l'épopée. Comme la langue avait beaucoup changé, et le vers était de plus en plus lié à la poésie lyrique, il n'est pas surprenant que le dérimage ait pu servir de traduction à ceux qui voulaient lire les anciens auteurs mais se sentaient découragés par le style de cette écriture qui leur paraissait obscur et incompréhensible. Il est évident cependant que les auteurs des mises en prose, même ceux qui se déclaraient les plus fidèles à leurs modèles, assumaient également d'autres tâches que celle de simples traducteurs : ils se donnaient la peine non seulement de rajeunir le langage du texte, mais aussi de compiler un cycle en un seul ouvrage, de coordonner certaines données contradictoires, de corriger des erreurs ou de rendre plus moderne le contexte là où il leur semblait trop désuet. Or certains traits du style des chansons de geste, constitutifs du genre, ne pouvaient plus se trouver dans un texte en prose du XV^e siècle ; notamment tout ce qui se rattachait à l'oralité ou la musicalité du chant épique, réelle ou stylisée, perdait ses raisons d'être à une époque où la lecture personnelle devenait le mode privilégié du contact avec le livre. C'est pourquoi les auteurs de nombreuses mises en prose ont jugé bon d'omettre tous les appels au public, les chevilles (hémistiches stéréotypés, vides de sens, censés aider les jongleurs à improviser à l'époque primitive), ou les procédés lyriques telles les laisses similaires.¹ Ceci dit, nous

¹ Les références aux traits formels de la chanson de geste renvoient à : E.A. Heinemann, *L'art métrique de la chanson de geste. Essai sur la musicalité du récit*, Genève, Droz, 1993.